

É
S
T
R
E
L
L
A
S
de
C
U
N
E



WILLIAM POWELL

BIOGRAFIA Y ANECDOTAS

30
CTS

WILLIAM POWELL

por Willy Spaulding

Inquietos años infantiles

En la carrera artística de William Powell existen dos puntos capitales que le igualan y le diferencian de los demás astros. El primero de ellos, es que su existencia repite punto por punto la historia, como si fuera una característica eterna de la pantalla, de que William vióse apartado por una escondida, al principio, vocación de la profesión que estaba dispuesto a desempeñar. El otro punto principal y distintivo es el de que nuestro héroe ha sido uno de los pocos actores cinematográficos que, no sólo han sobrevivido al advenimiento de la pantalla sonora, sino que también ha logrado gracias a ella una formidable transformación de su temperamento, pasando de villano a ser el intérprete de alta comedia norteamericana más del gusto del público.

William Powell nació en la activa y rica ciudad de Pittsburg cierto día en que el verano hacía sentir sus rigores a sus conciudadanos. La fecha precisa de su nacimiento, por rara casualidad sólo debida a la veracidad del artista, nos es conocida perfectamente: vió por primera vez la luz el 29 de julio de 1892.

Su padre, del mismo nombre que él, disfrutaba de un excelente empleo en las Oficinas Públicas de la ciudad, lo que permitía que su existencia y la de su familia fuera desahogada. Durante mucho tiempo el matrimonio Powell había esperado ansiosamente y en vano la llegada de un vástago que les consolara y apoyara en la vejez. Es innecesario describir el júbilo que acogió al recién nacido, aunque, como dice William, «mi natalicio en un día tan caluroso resultaba inoportuno y constituyó una de tantas bromas con que sorprendí y atormenté a mi familia».

Pronto los señores Powell se percataron que aquel don del cielo tan deseado, iba a cambiar su tranquila vida cotidiana por completo. William no fué lo que se denomina un niño modelo. Durante sus primeros meses dió muestra de su carácter revoltoso y arbitrario, ensordeciendo a los que le ro-

deaban con sus continuos lloros y caprichos.

Una vez pudo andar sin ayuda y al paso que su estatura aumentaba, su fogosa imaginación se unió a sus dotes de impertinencia y no dejó títere con cabeza con sus diabluras y su afán de discutir todo lo creado. Sin embargo, sus padres, que se habían habituado a sus trapacerías, acogían a éstas satisfechos y agradecían al Señor el que hubiese puesto en su hijo esa llama que los mortales hemos dado en llamar una gran personalidad. Tal cosa les enorgullecía sobre todo por un motivo especial.

El señor William adivinó no sé qué condiciones en su hijo que pedían su desarrollo en la jurisprudencia. Natural era que un futuro abogado, para serlo sobresaliente, diera indicios desde su infancia de un temperamento indomable y discutidor. «El bacilo de la jurisprudencia, asegura William, se infiltró en mi vida cuando apenas había dejado los pañales. Su primera manifestación tuvo lugar el día en que siendo un mocoso de año y medio me incorporé en la silla de brazos para lanzar una airada acusación contra los procedimientos de mi nodriza...»

Por doloroso que sea, el triunfo cuesta

caro y, en primer lugar, requiere disciplina y adiestramiento. Tal vez en esto pensó iracundo William, cuando sus padres le llevaron cierta mañana a la escuela primaria sin hacer caso de sus lágrimas.

No tardó en aclimatarse a la rutina escolar; incluso llegó a sentirse en ella como pez en el agua. Y la comprobación de que los padres del chiquillo no iban muy desaminados en sus ilusiones, la da la circunstancia de que, si bien tenía las notas más bajas en conducta, obtenía, por otra parte, las calificaciones más sobresalientes.

Cuando llegó la época de encender el primer cigarrillo a hurtadillas, Cupido hizo de las suyas y William se enamoró profundamente de una niña rubia y de ojos azules, que estuvo a punto de perecer en sus manos en el transcurso de una refriega infantil. El pensamiento de que había estado en un tris de aplastar la naricilla de su adorada le ponía la piel de gallina y le hacía estremecer. Y con gran sorpresa de sus padres, súbitamente dejó de alborotar, estudió con ahinco, fué puntual, no protestaba jamás... No obstante, y a pesar de este milagro, William no era feliz, faltaba un detalle para ello: el que la dama de sus pensamientos estuviera enterada de su pasión.

Pasaron los años sin que se determinase a enterarla de su afición. Y William proseguía siendo desgraciado, hasta que un día... Un día, inducido por sus discípulos, se olvidó de la niña rubia para enamorarse de una de las actrices de la compañía que en dicho local actuaba. Este enamoramiento fué crónico con cada compañía que llegaba a Pittsburg y cada sábado, día de cobro de la asignación semanal, William se comía con los ojos a su adorada de turno.

Los referidos devaneos y pasiones no desviaban al muchacho de su meta. Sobre todas las cosas persistía su vocación de ser un abogado célebre, soñando con ello y fraguando los planes más descabellados. Se veía personaje célebre y colmado de honores, especialmente admirado como él admiraba a las actrices. Por suerte, sus ambiciones no eran desmesuradas en comparación de sus cualidades.

En esta situación y con motivo de los negocios del jefe de familia, los Powell se trasladaron a Kansas City, cuando contaba William unos diecisiete años.

Entre la toga y las candélejas

El traslado no influyó para nada en su vida. Ingresó en la Escuela Superior de la

ciudad, más decidido que nunca a ser un gran abogado. «En aquella época estaba destinado yo a vestir la toga de juriscónsulto. Por lo menos, así lo creía mi familia. Recuerdo que me aprendí de memoria hasta la última palabra que se escribió respecto a cierto juicio criminal famoso en aquel tiempo. De igual modo era una autoridad en otros procesos de nota. Todo ello parecía dar alas a mis aspiraciones íntimas».

El teatro y la abogacía tienen punto de contacto en el arte declamatorio, y William, dispuesto a no dejar nada al azar, se inscribió a las clases de declamación a las que asistían casi todos los alumnos de la Escuela Superior.

Sus brillantes dotes también se impusieron en este terrano. Pero no acabó aquí la aventura; era obligación de los discípulos de declamación demostrar sus progresos en dicho arte, formando parte del grupo escénico. Y William representó el papel de «Capitán «Jack» de la obra «Los rivales». En la Navidad siguiente, con gran disgusto de sus padres, volvió a aparecer en el escenario y obtuvo un éxito resonante como galán joven.

«No sé si aquellas representaciones fueron un éxito o no— cuenta con modestia—. Lo

que sé positivamente es que despertaron en mí la conciencia de mi propia valía y de mis capacidades como actor. En el mismo momento en que el público me llamó a escena por primera vez para aplaudirme, mis sueños y ambiciones de juriscónsulto volaron como palomas asustadas. Analizándome íntimamente, descubrí entonces con asombro que mi anhelo de ser abogado, no era otra cosa sino una forma indirecta de responder al llamamiento de mi vocación histriónica».

Así, entre protestas paternas y defensas acaloradas, concluyó satisfactoriamente sus estudios y tuvo que ingresar en la Universidad. William no discutió la voluntad de su progenitor, empeñado en hacer de él un abogado, pero se limitó a no aparecer por la Universidad y siguió alimentando la costumbre adquirida desde su adolescencia de enamorarse de cualquier mujer hermosa. Al acabar sus estudios en la Escuela Superior estaba enamorado de una muchacha, condiscípula suya y firmemente decidido a casarse con ella.

Tanto su repugnancia hacia los estudios como su nuevo amor, le resolvieron a matar dos pájaros de un tiro, o sea, hacerse actor, ganar una fortuna en las tablas y casarse a continuación, sin tener que espe-

rar los siete años que requería el término de la carrera.

Dicho y hecho. Informó a sus padres de sus intenciones y, tras de una reunión un tanto violenta, se impuso la voluntad del joven, pero con la condición de que, ya que no quería que su libertad fuera coartada, no recibiría ninguna ayuda paterna. Para dar principio a sus designios solicitó una colocación de una oficina de teléfonos y comenzó a cobrar un sueldo de cincuenta dólares al mes.

De este ingreso tenía que ahorrar lo necesario para recibir un año de instrucción en la Academia de Artes dramáticas de Nueva York, completando con ello su educación histrionica. Había señalado como capital necesario, calculando por lo bajo, unos trescientos dólares. «La solución del problema era bien sencilla. Me bastaba trabajar catorce meses a razón de cincuenta dólares mensuales para ver reunidos los caudales de mi educación artística.»

Pero pronto tuvo que desengañarse. En cinco meses no sólo no había reunido los dólares correspondientes al plazo, pero contaba además con un déficit, al que se añadía una deuda de cincuenta dólares con su padre, que se los cobró en cuanto recibió

su mensualidad. William tenía la mano agujereada.

Hizo un esfuerzo y trabajó de día y de noche, durante ésta como ujier de la Opera House de Kansas—, más tuvo que considerarse fracasado, aunque tratara de consolarse diciéndose que con aquel empleo podía estudiar la manera de los actores. Se acordó de una tía suya, rica y vieja, y tras de romper muchos borradores, compuso una carta petitoria que constaba de treinta y dos páginas rezumantes de astucia y de zalamería. De ella se desprendía una petición de préstamo de mil cuatrocientos dólares. Se dice que tardó en pagar esta deuda unos trece años.

Pasaron dos semanas inquietas y esperanzadas alternativamente y por fin recibió un documento formal del abogado de su tía en que le notificaba que accedía a su petición bajo las siguientes condiciones: ¡le prestaba cuatrocientos dólares para el pago de la matrícula, y trescientos para sus gastos personales!

Pocas semanas después William Powell se marchaba de Kansas City.

UNA VOLUNTAD INDOMABLE

Para un joven de las condiciones de William Powell, que hasta entonces únicamen-

te se había alejado de sus padres en sus raros momentos de malhumor, obligadamente la vida en una ciudad extraña y enorme tenía que ser dura y cruel. En cuanto a su novia, su despedida no fue menos emocionante. Hubo promesas de amor eterno y de recuerdo imborrable, citándose para cuando William fuese un actor célebre y la pudiera mantener dignamente. Entonces, sólo entonces, la muchacha acudiría a su lado y se casarían.

No pasó mucho tiempo sin que el joven se dejara seducir por el señuelo de la gran ciudad. Llevaba seis meses presentándose puntualmente a la Academia de Artes dramáticas y asimilando con rapidez las enseñanzas que recibía, cuando recibió una tentadora oferta de empleo. Varios días estuvo dudando, pero, por último, acallando su orgullo y atendiendo a las razones perentorias y vitales que le dictaba su organismo, cedió y aceptó el ofrecimiento. De los trescientos dólares destinados mantenerle durante un año ya no quedaba huella en sus bolsillos.

Su alegría duró lo que un relámpago en estío. La compañía, cuyas filas había engrosado, se disolvió y su situación, como es de suponer, se hizo desesperada. Merced a una estratagema, que consistió en despla-

gar unos programas viejos y ajenos bajo los ojos de un asombrado empresario, pasó a otra compañía que representaba la obra de Rex Beach «The ne'er do wells», con un emolumento de cincuenta y cinco dólares semanales.

Se repitió la historia y dos semanas más tarde William se encontraba en la calle sin un céntimo. Su ruina esta vez se prolongó y conoció días en los que por puro milagro se salvó de perecer de hambre. Los empresarios le rechazaban insistentemente y fuera del mundo teatral su fracaso fue idéntico. Cuando llegó la primavera se maravilló de su resistencia y de su apetito.

Con esta estación su suerte empezó a variar. Consiguió un puesto en un teatrillo de variedades y, después, recibió el papel de Eddie Crigg en el drama «Dentro de la ley», que se mantuvo dos años consecutivos en los teatros de Broadway. Por entonces recibió la noticia de que su novia de Kansas le había sido infiel, casándose con un honrado comerciante. La noticia le dejó indiferente: «El recuerdo de la muchacha de Kansas City iba siendo cada vez más vago en mi memoria. Ello me hizo llegar a la conclusión de que no hay nada de cierto en aquello de que «la ausencia aumenta el cariño». Cuando aún estaba trabajando

en «Dentro de la ley», conocí a una muchacha de la misma compañía, Eileen Wilson. La ausencia completó entonces su obra destructora. Al poco tiempo me casé con Eileen y ella es hoy la madre de mi hijo. Posteriormente se divorció de su mujer, para casarse con Carole Lombard, de la que asimismo se divorció.

Ingresó en la compañía ambulante de Harry Davis y recorrió representando casi todos los Estados de su país. Aprendió de esta manera a conocer el gusto del público y aclimatarse a todas las situaciones, por irreales que fuesen, aun cuando esto fuera ya innecesario; por el renombre que alcanzaba representando determinados papeles. De este momento fué ascendiendo, lenta pero seguramente, hacia la fama. Es imposible seguir la pista de William Powell durante los ocho o diez años siguientes. Durante una temporada permaneció en Broadway; luego, siguiendo el capricho de los contratos, tan pronto estaba en Buffalo como en Portlan, o amanecía en Nueva York para pernoctar en Detroit.

Llegó a Boston y en esta ciudad trabajó con John Craig y Mary Young, representando obras modernas y antiguas, aventurándose, incluso, en el campo de Shakespeare. Soportó temporalmente un nuevo

fracaso. Pero obtuvo un papel magnífico en «Amor español» que duró dos años en el cartel. Mientras tanto, los productores cinematográficos ya se habían fijado en él y fué solicitada su cooperación por Al Parker, que a la sazón dirigía a John Barrymore en «Sherlock Holmes». En esta película representó el papel de satélite del villano. A continuación obtuvo un papel en «Cuando la nobleza estaba en su apogeo», con Marion Davies.

Una casualidad, la enfermedad de un actor, le incorporó para siempre a las filas cinematográficas y desde entonces su actividad ha sido notable. A renglón seguido se expresa el título de buen número de películas en las que ha tomado parte, sin incluir el nombre de los demás actores para abreviar:

«Sherlock Holmes»; «Cuando la nobleza estaba en su apogeo»; «Expulsado»; «El chal brillante»; «Ramola»; «Besos a granel»; «Beau Geste»; «Caballos de mar»; «El legado fatal»; «Aloma»; «La última orden»; «Este hombre me gusta»; «La ajena felicidad»; «La fugitiva»; «Compañeros de crimen»; «La meta del odio»; «Beau Sabreur»; «El gran error»; «Nevada»; «La venus de Venecia»; «Dioses vanos»; «El crimen del canario»; «Intromisión»; «El crimen del sol»; «Las

cuatro plumas»; «Erase una vez un príncipe»; «Caras olvidadas»; «El caso del asesinato Greene»; «El caso del asesinato Benson»; «Adorables pecadoras»; «Detrás del maquillaje»; «Tacones altos»; «La calle del destino»; «Nueva moral»; «El cuerpo del delito»; «La casa de los cuatro crímenes»; «Por la defensa»; «Un hombre de mundo»; «En pos del amor»; «El amor galante»; «La cita»; «El picapleitos vindicado»; «El detective número 62»; «Matando en la sombra»; «El altar de la moda»; «La llama revivida»; «La ruta de Singapoore»; «Viaje de ida»; «Hombres de leyes»; «Dos sendas distintas»; «La cena de los acusados»; «El enemigo público número 1»; «Vaivenes del amor»; «En busca del amor»; «Una cita peligrosa»; «La tela de araña»; «La indómita»; «El código secreto»; «El gran Ziegfeld»; «Estrella de medianoche»; «Una mujer difamada»; «La baronesa y el mayordomo»; «Al servicio de las damas»; «El, ella y Asta»; «Genio y figura»; «Los candelabros del emperador»; «Boda por partida doble»; etc.

Lamentamos no poder ofrecer a la curiosidad de nuestros lectores los títulos de las últimas películas realizadas por William Powell, por carecer de los datos necesarios en estos momentos.

INFORMACIONES COMPLEMENTARIAS

William Powell mide un metro ochenta de estatura, pesa setenta y dos kilogramos, tiene los ojos azules y el pelo castaño oscuro.

Entre sus amigos íntimos, y únicamente lo son los expresados a continuación, se cuentan Richard Barthelmess, Ronald Colman, Spencer Tracy, Clark Gable, Robert Taylor y, naturalmente, Rosalind Russell y Myrma Loy.

Le gusta mucho la música, especialmente el canto, para el cual durante mucho tiempo creyó estar bien dotado. Le encanta pescar, pero dice que los peces le conocen y se burlan de él, por lo que ha escogido por deporte favorito el «bridge», que le entretiene durante largas horas. Otra debilidad suya es comer bien, prefiriendo aquellos platos que han sido elaborados por él mismo.

Shakespeare, a pesar de la molestias que en otro tiempo le proporcionó, es su autor favorito y casi todas sus lecturas se reducen a él. William es decididamente pesimista; su vida anterior le ha enseñado a serlo y siempre está pensando en las desgracias que el futuro guarda. Y llega a tal extremo su obsesión que renuncia a cualquier ejercicio físico. Basta, según él, la molestia que significa pensar en los deportes para expe-

rimentar un agradable cansancio y así: «Me conservo en buenas condiciones físicas visitando mi piscina de natación. Casi todos los días voy a verla y la contemplo extasiado un largo rato. Igualmente pienso con frecuencia en el tenis y me gusta hablar del golf.

«Casi no hay nada en el mundo que no me preocupe. En otras palabras, tengo el vicio de la preocupación. Pero ello me conviene, porque así pierdo peso y yo me encuentro mejor contra más delgado estoy.» Otra de sus pasiones es la economía, que el público casi ha elevado a la categoría de avaricia.

F I N

*Si le falta algún número de ésta colección
y no lo encuentra en su localidad, remita
su importe en sellos a: ESTRELLAS
DE CINE - Apartado 150 - Barcelona.*

MELODIAS DEL DIA

publica solamente los éxitos de actualidad.

Han aparecido números dedicados a:

**Rafael Medina, Tito Guizar, Raúl
Abril, Dicente Gallardo, Ramón
Evaristo, Bonet de San Pedro,
Manuel de Bianco, Pilarín Areos,
Carlos Gardel, Roberto Dan,
Rina Celi, Alberto Roehi, Aman-
da Ledesma, Hugo del Carril,
Bernard Hilda, A. Algueró y
Libertad Lamarque.**

30 ctms.

VARIEDADES

*Publica solamente los éxitos de la
canción española.*

*Narcy - Mirco
M. de Wander - Tita Gracia
Alonso - Xalma*

30 ctms.

No deje de coleccionar *ESTRELLAS*
DE CINE y tendrá Ud. un archivo
===== *biográfico completo* =====

Números publicados:

ROBERT TAYLOR - MARLENE DIETRICH
GARY COOPER - CLAUDETTE COLBERT
LESLIE HOWARD - DIANA DURBIN
RAFAEL DURAN - MARUCHI FRESNO
CLARCK GABLE - IRENE DUNNE
CHARLES BOYER-CONCHITA MONTENEGRO
JOHN BOLES-MYRNA LOY-ROBERT DONAT
JOAN BENNET - RONALD COLMAN
NORMA SHEARER - WILLIAM POWELL

30 céntimos.

J. PALOU Editor - Barbaró, 19 - Barcelona